

“Aprendiendo juntos como hermanos a leer los signos de los tiempos”

1. Hegel, un importante filósofo alemán de los siglos 18 y 19, decía que “la oración de la mañana del hombre moderno es la lectura del periódico”. Hay en esta afirmación algunas buenas sugerencias, pero debemos leerla con espíritu crítico.

“Periódico de ayer”: los medios de comunicación, al menos en nuestro país, no son muy serios y están sobre todo interesados en vender (o en el *rating*, que es lo mismo). Hay excepciones: el periodismo de investigación, más exigente, que centra la atención en acontecimientos fundamentales; que intenta explicaciones, señalar causas y también consecuencias.

Es posible que esa atención de la que habla Hegel ocurra al comienzo del día. Pero de parte de nosotros, cristianos, sería un error con consecuencias graves (a) el dejar de lado la lectura de la Palabra y la oración, y sobre todo (b) contraponer la atención al mundo a la apertura de Dios y su mensaje, la Buena Noticia.

No somos del mundo, pero estamos en el mundo y hemos sido enviados a él, nos dice Jesús en Juan 17. El mundo no puede absorbernos, por la sencilla razón de que no puede ofrecernos una buena explicación de lo que, como personas, somos. Hemos sido formados del polvo de la tierra, pero a la vez hemos recibido el soplo de Dios (Génesis 2,7), es decir, el Espíritu de Jesús resucitado (Juan 20,21-22). Estamos llamados a darle al mundo un sentido y una dirección, que provienen del mismo resucitado. Y la misión implica una atención que no es simple, sino doble: al mundo y al Espíritu.

2. El texto clásico sobre **los signos de los tiempos** (Mateo 16,2-3) no habla del tiempo que se mide con el reloj, cronológico (de *chronos*), sino de un “tiempo oportuno para la salvación” y para actuar en orden a ella (de *kairós*). No se trata de las últimas noticias, sino de los acontecimientos decisivos, de los que afectan hondamente la vida humana. Los entendemos a la vez como “signos”, señales, llamados de Dios, y a la vez, como “oportunidades de salvación” para otros y para nosotros mismos (ver 2 Corintios 6,2). Y es que –recordemos– el Dios de Jesucristo se da a conocer y manifiesta su mensaje de salvación en la trama de la historia humana y de nuestras historias personales.

Es preciso decir algo más, en este punto. Una indicación que viene de un libro del AT que es llamado el “protoevangelio” (Isaías 40-55), pues en él el AT se abre a la Buena Noticia: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión = Jerusalén: «Ya reina tu Dios»! (Isaías 52,7). Y esa indicación nos dice que no siempre lo decisivo es algo grandioso, espectacular, estruendoso (¡los medios de comunicación!), sino que muchas veces viene de lo pequeño, de lo insignificante... o de los marginados de la historia, de los condenados de la tierra. Ese texto, que señala un cambio importante en la fe bíblica es Isaías 43,18-19: “No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan?” (traducción de Luis Alonso-Schökel). Hay que VER bien, es decir, con profundidad, con los “ojos del

corazón” muy abierto, gracias a la luz que nos viene del Señor. Sólo así podremos JUZGAR certeramente, y orientar bien nuestro ACTUAR.

Unas precisiones: El Concilio Vaticano II, sobre los signos de los tiempos, nos habla de escrutar, discernir e interpretar estos “signos”, y no sólo a la luz de la Palabra, sino también de la experiencia histórica, la que nos es propia y también la que hasta ahora nos es ajena (ver Conc. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, ns. 4, 11, 44 y 46).

Actualmente, por ejemplo, la crisis desencadenada en setiembre del 2008 - que se dice afecta poco al Perú- nos invita a no pensar solamente en nosotros, sino en todas y en todos los que son afectados, a lo largo y ancho del mundo. Y no se trata de descubrir nuestra impotencia frente a la magnitud del problema, sino en develar nuestras propias posibilidades de acción fraterna, que no se reduce al aspecto económico.

3. Nos falta al menos un paso más, si queremos de verdad pensar nuestro actual lema: “aprendiendo juntos como hermanos a leer los signos de los tiempos”.

- “**Aprendiendo**”. Hemos de estar abiertos al “hoy de Dios” a algo nuevo, a profundizar y marchar más lejos, como creyentes y como Partnerschaft. ¿Qué nos dicen hoy el Espíritu de Dios y el “mundo” en el que Dios actúa sobre cómo debemos vivir el futuro, digamos: los próximos 25 años?
- “**Juntos como hermanos**”. En la región y en Friburgo, en el Perú y en Alemania. Se nos llama a ahondar nuestra fraternidad. Es cierto que tenemos economías distintas, culturas distintas, pero a la vez “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre, que está sobre todos por todos y en todos” (Efesios 4,5).
- “**Juntos como hermanos**”: Hoy suena mucho el tema de la globalización. Es algo importante. Vivimos interconectados, más allá de nuestra voluntad. Por eso debemos estar muy atentos a las diversas interconexiones. En los últimos veinte años nos han llegado dos precisiones: (a) se dice en alemán: *global denken, local handeln*, es decir, pensar globalmente y actuar localmente, o mejor aún, en un castellano novedoso “glocalización”, es decir, pensar y actuar a la vez global y localmente; y (b) es claro que no hay que someterse a la “globalización realmente existente”, dirigida por los que sólo miran por sí mismos y manejan las grandes empresas transnacionales y también los medios de comunicación, cada vez más concentrados en pocas manos; sino que hay que cooperar en una “globalización de y en la solidaridad”, como lo afirmó reiteradamente Juan Pablo II, es decir, a una globalización con un criterio profundamente marcado por el amor: por el amor que proviene de Dios, que nos afecta y que nos impulsa a amar a todas y todos como hermanos, especialmente a los “más pequeños”.
- Por un lado, entonces, está lo que la Iglesia llama, ahora en forma universal, la “opción preferencial por los pobres” (preferencial quiere decir que todos son incluidos “desde abajo”), como lo planteó el recordado Papa Juan XXIII, el 11 de setiembre de 1962: “Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es y quiere ser, como la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres”, y como lo recordaron hace tres años el Papa Benedicto XVI y la Conferencia de Aparecida; por otro, y en profunda vinculación con lo anterior, la

convicción de que “otro mundo es posible”, un mundo donde la vida sea cada vez más digna, más humana, más “buena”.

Entonces, “juntos como hermanos” significa que debemos estar atentos a los llamados de Dios en los hermanos y en los acontecimientos en muchos y diversos contextos: se trata de la misión.

- en nuestra respectiva parroquia, “comunidad de comunidades”, y en forma amplia: con todos los agentes pastorales, pero a la vez con todos los que allí viven, los “feligreses” que se limitan a asistir a los sacramentos, pero son nuestros vecinos y vecinas, y toda la gente de nuestras localidades; nuestra actitud no ha de ser pasiva, sino proactiva, emprendedora: hay que organizarse -recordemos que Medellín (1,20; 15,10), al hablar de las comunidades cristianas (CEBs), decía que ellas eran el encuentro de los creyentes que formaban comunidades sociales de base-, y promover proyectos económicos, sociales, culturales.
- “aprendiendo juntos como hermanos” con nuestra Partner-parroquia, con los integrantes del equipo Partner, y con otros, en un círculo cada vez mayor, a medida en que -por escrito o en las visitas- nos vamos conociendo;
- en los decanatos y las diócesis donde se inserta nuestra parroquia -abiertos a una efectiva pastoral de conjunto-, así como a la región de la que somos parte; en nuestro caso, a la Región central;
- a nivel nacional, con todas las Partner-parroquias y los Partner-movimientos del Perú, especialmente con las zonas más pobres; pienso, por ejemplo, hoy 5 de junio, aniversario de los terribles sucesos de Bagua, en las mujeres y hombres de las comunidades amazónicas, que nos desafían a acogerlos y reconocerlos como a verdaderas hermanas y verdaderos hermanos; y también en quienes fueron y siguen afectados por el terremoto de Pisco e Ica;
- en la relación que, entre todos, establecemos con la arquidiócesis de Friburgo y, mediante ella, con la Iglesia alemana, especialmente si tenemos en cuenta que Mons. Zollitsch, es el presidente de la Conferencia Episcopal Alemana;
- y aún más allá, dirigiendo la atención -como muchos de nuestros amigos de Alemania- a los pueblos pobres del África, así como a los de Haití y Chile.
- Finalmente, “**los signos de los tiempos**”: Desde la universalidad cristiana y desde Cristo Jesús: todas y todos, los de hoy y los del futuro, sin excluidos. Eso nos lleva nuevamente a la opción preferencial por los pobres propuesta por la Iglesia en seguimiento de Jesús, o con sentido cristológico, como dijo el Papa en su discurso inaugural de Aparecida. Y nos conduce asimismo a una “ecología humana”, a una visión del “desarrollo sustentable”, que incluye a todas y todos los que hoy viven (por ejemplo, en ese inmenso pulmón actual del planeta que es todavía la Amazonía) así como a los que vivan en el futuro: hijas e hijos, nietas y nietos, bisnietas, etc., que están amenazados por el calentamiento global y que queremos que vivan sin sed, sin hambre, sin enfermedades, con una vida mejor que la nuestra.- Gracias.

P. Felipe Zegarra, Callao